



La escritura colonial, como expresión del mestizaje y de la identidad hispanoamericana

PINTO YÉPEZ, Ermila M.

Universidad del Zulia

Resumen

Este artículo revisa dos textos específicos de la historiografía indiana: *Los Comentarios Reales* del inca Garcilaso de la Vega y *Tardes Americanas* del novohispano José Joaquín Granados y Gálvez, para determinar cómo ellos se configuran como dos de los primeros escritores que develan, a través de su escritura, el mestizaje como elemento fundamental en la conformación de la identidad del ser hispanoamericano.

Palabras clave: Escritura indiana, Garcilaso de la Vega, J. J. Granados y Gálvez, mestizaje, identidad hispanoamericana.

Writing from the colonial period as a manifestation of cultural mixing and Hispanic-American identity

Abstract

This article reviews two specific texts from Spanish-Indian historiography: *Los Comentarios reales*, (*The Royal Commentaries*), written by the Inca, Garcilaso de la Vega, and *Tardes americanas* (*American Evenings*), written by the neo-Hispanic author, José Joaquín Granados y Gálvez, to determine how they emerge as two of the first authors who, through writing, unveil *mestizaje* (cultural and racial mixing) as a fundamental element in the make up of Hispanic-American identity.

Key words: Spanish-Indian writing, Garcilaso de la Vega, J. J. Granados y Gálvez, *mestizaje* (cultural and racial mixing), Hispanic-American identity.

La escritura colonial indiana: dos escrituras, una identidad

La historia indiana, como expresión narrada escrituralmente del encuentro real entre dos de las civilizaciones más importantes de los siglos XV y XVI, es decir, la civilización azteca y la civilización española, culturas con el mismo nivel de sofisticación, que desconocían, cada una, su propia existencia, representa una de las manifestaciones culturales más significativas del mundo occidental. La significación que ha obtenido este encuentro cultural se debe entre otros motivos a los problemas que generó por lo asombroso, por lo inusitado de su origen, por su razón de ser.

En este sentido, es importante destacar, en primer lugar, que el descubrimiento del continente americano fue casual, puesto que es conocido que Colón venía queriendo encontrar al Gran Khan o emperador de China, cuyo retrato inolvidable había sido dejado por Marco Polo. “Tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de Guisay y dar las cartas de Vuestras Altezas al Gran Can y pedir respuesta y venir con ella”. (21.10.1492) (Todorov, 1997, p.20). Y, en segundo lugar, se sabía que España estaba saliendo del proceso de la Reconquista, de la expulsión de los moros de sus territorios.

En consecuencia, todos estos acontecimientos hicieron que España no estuviera preparada, para el descubrimiento de América, un continente ignorado, pues “el descubrimiento de América, o más bien de los americanos, es sin duda el encuentro más asombroso de nuestra historia. En el “descubrimiento” de los demás hombres no existe ese sentimiento de extrañeza radical: los europeos nunca ignoraron por completo la existencia de África, o de la India, o de la China; su recuerdo está siempre ya presente, desde los orígenes” (ID, p.14); y mucho menos, para gobernar y administrar dichos reinos.

Este proceso de conquista y colonización de América cambió profundamente la mentalidad, la visión del mundo, de unos y otros; es decir, que este encuentro entre las dos culturas, la cultura indígena y la cultura española, tuvo repercusiones importantes. De

manera que, como consecuencia de su carácter inicialmente geopolítico, se desató una multiplicidad de posturas ideológicas, producto del pensamiento socio-político que se desarrollaba en el continente europeo, en España y posteriormente en América.

Estos hechos, trajeron nuevas expectativas con consecuencias de carácter moral, motivo por el cual adquirieron relevancia universal durante largo tiempo y que, pasados cinco siglos, aún persisten; pues

el descubrimiento de América es lo que anuncia y funda nuestra identidad presente; aún si toda fecha que permite separar dos épocas es arbitraria, no hay ninguna que convenga más para marcar el comienzo de la era moderna que el año 1492, en que Colón atraviesa el océano Atlántico. Todos somos descendientes directos de Colón, con él comienza nuestra genealogía en la medida que la palabra “comienzo” tiene sentido (ID., p.15)

Para España, el continente descubierto no estaba desierto; es decir que España entendía que, en primer lugar, dicho continente tenía características geográficas especiales, diferentes a las de Europa; y, en segundo lugar; a su vez España se daba cuenta de que este nuevo continente había desarrollado estructuras socio-culturales privilegiadas, con estamentos políticos, culturales y religiosos fuertemente arraigados. En este sentido, es importante recordar el carácter imperial de las culturas establecidas, especialmente el imperio azteca y el imperio inca, antes de la llegada de los conquistadores españoles. En este sentido, Arturo Uslar Pietri afirma que

los españoles venían a crear una nueva España, los indígenas sobrevivieron con dificultad al inmenso cataclismo cultural que conmovió su mundo hasta las raíces... Lo que allí se inicia es un proceso histórico de una originalidad desconcertante. Ni nueva España, ni continuación del mundo indígena... sino activo e inabarcable proceso de conflictivas combinaciones, pugnas, asimilaciones incompletas y creación de nuevas situaciones culturales y mentales (Uslar Pietri, A., 1993. p.12)

Este impacto inicial resulta interesante porque, a partir de él, se comenzó a conformar un mestizaje, una nueva mezcla sanguínea y un fuerte proceso de mezcla cultural; es decir, una nueva manera de entenderse y de entender al mundo. Este nuevo tipo de mezcla, que conocemos como mestizaje racial y cultural, nos lleva a un momento de la historia, que influyó tanto a España como a la nueva América y que abarcó un largo periodo: los siglos XVI, XVII y XVIII.

Esta tendencia cultural ha sido caracterizada por Arriarán y Beuchot (1999), en razón de que su principal característica se centra en el hecho de tender hacia la hibridización y al mestizaje. Es decir que, ésta se debate, dicotómicamente entre “un acercamiento y un distanciamiento, una apropiación y una diferenciación, pero dentro del mismo proceso. Hay, en el seno mismo del proceso y del resultado, algo que se conserva y algo que se pierde. El mestizaje es el reino de lo híbrido, de lo proporcionalmente uno” (ID., p.37).

De manera que hay entonces, en el mestizaje, una búsqueda de la integración y el equilibrio, sin perder la individualidad propia; de tener presentes las diferencias, sin descuidar la igualdad que permita la apertura hacia la estabilidad y la armonía. Por ello, es posible afirmar que la América Hispana, se ha caracterizado esencialmente por ser mestiza; es decir que,

Supo aglutinar lo indígena y lo hispano. Es una mixtura. No se trata de destruir a la otra cultura sino de integrarla, respetando, al menos en parte, su peculiaridad. Claro que hay una pérdida de ambos lados, de ambas culturas. Pero también hay una ganancia en ambas. Una a otra se enriquecen, y surge algo nuevo y distinto, que conserva algo de ambos y aun los sobreleva. No se conserva todo como en el compuesto sino que, después del abatimiento, se da la recuperación; ambos elementos se dan excelencia mutuamente. Surge algo nuevo, un tercero (ID., p.36).

Dos escrituras, una identidad

La producción textual indiana que mencionamos anteriormente se caracterizó por la abundancia y variedad de su temática y por la multiplicidad de sus escritores y de sus interpretaciones; y se ha convertido en un elemento referencial de constante análisis y re-interpretación. Por estas razones, nos hemos sentido atraídos hacia la reflexión de dos textos muy especiales de la historia indiana y a dos de sus personajes; ellos son: *Los Comentarios Reales* de Garcilaso de la Vega, del Perú y *Tardes Americanas*, de José Joaquín Granados y Gálvez, de la Nueva España, tomado, este último, de la edición príncipe de 1778, en reedición facsimilar de Porrúa, en 1987.

Y hemos pensado en ellos, porque ambos escriben, cada uno con su estilo y desde su contexto cultural, una parte de dicha historia. Historia que, como expresión narrada escrituralmente de un proceso civilizatorio específico, representa un polo cultural relevante en el mundo hispanoamericano; aquel que se inicia con la conquista y colonización y que diacrónicamente, en nuestra reflexión, abarca hasta el siglo XVIII; historia del encuentro real de la civilización española y la civilización indiana: Perú y la Nueva España; historia del encuentro de dos culturas, caracterizadas por el mismo nivel de sofisticación, y desconociendo cada una de ellas su propia existencia.

Reiteramos que hemos pensado en ellos, porque ambos, el inca Garcilaso de la Vega y el novohispano José Joaquín Granados y Gálvez, se enfrentan a la condición de ser y de estar entre dos mundos, a los cuales pertenecen; mundos que les piden una respuesta, una interpretación, una ávida necesidad de comprender y de comprenderse, y no un frío inventario de historiador erudito. Y en esta comprensión, nuestra reflexión sobrepasa los límites de la personalidad histórica de ambos y pretende escudriñar el problema de la identidad cultural de Hispanoamérica.

El Inca Garcilaso de la Vega

El primero de ellos es el Inca Garcilaso. Y a pesar de que sobre él hay una abundante bibliografía que expone su extraña aven-

tura vital, sin embargo creemos que no hemos acabado de entender el sentido último de su obra, ni mucho menos hemos apreciado la repercusión de su relevante posición. Y esa condición suya, la de haber sido protagonista, la de haber encarnado a esos dos mundos con toda plenitud, es por lo que hoy, entendemos su respuesta.

En este sentido, Arturo UsLAR Pietri afirma que no ha existido en la historia universal –ni en la historia antigua, ni en la historia moderna– un personaje intelectual, con la misma condición vital, semejante a la de Garcilaso, puesto que él “no era parte del conflicto histórico, sino que el conflicto estaba entero en su propio ser. El esfuerzo de comprenderse a sí mismo y de llegar a conciliar sus contradicciones no era sólo su propia necesidad individual, sino la situación de una vasta colectividad humana” (UsLAR P., Ob. cit, p. 12).

De manera que pensamos, que nadie mejor que el Inca Garcilaso –hijo del Capitán español Garcilaso de la Vega y de la Princesa inca Isabel Chimpu Ocllo, nacido en el Cuzco el 12 de Abril de 1539, a principios de la conquista y colonización de América– para emprender el diálogo entre las dos culturas y para mostrarnos la fusión de ambas, a través de su propia historia, que es la historia del Perú, y de la historia nuestra, que es la historia de Hispanoamérica. Porque, en su propio ser, “en su propio espíritu se mezclaban pugnazmente y con difícil acomodo las dos lenguas, las dos creencias, las dos historias, las dos culturas” (UsLAR Pietri, A., 1996, p. 114).

De hecho que, en él se afincan esencialmente, por un lado, las huellas indígenas, por la vinculación afectiva con su madre y con el mundo de su madre; y, por otro lado, su incorporación irreversible al mundo social y cultural que encarnaba su padre; a saber, la cultura occidental: a través de las armas, creencias, sentimientos y normas de la España imperial. Es decir que “el mestizo Garcilaso pertenecía al mundo de la Conquista por su padre y al de Tahuantinsuyo por su madre” (Miró Q., Aurelio, 1985, p. XV).

De modo que, el inca Garcilaso, “criado ‘entre armas y caballos’ en el Cuzco, pero forjado en el estudio en sus ‘rincones de soledad y pobreza’ cordobeses” (ID., p. XIX), que vivió en España

por más de las dos terceras partes de su existencia, en la que se desempeñó como soldado y como clérigo, tiene como aval toda esta experiencia vital, vivida en España que, le permitió alcanzar una madurez afectiva y literaria, y que le proporcionó las herramientas necesarias para estampar esa su expresión vital, en la que están presentes las dos lealtades que combatían sin tregua en su alma, en la cumbre de su obra de escritor, *Los Comentarios Reales*.

En términos generales, la obra está dividida en dos partes. En la primera, los protagonistas principales son los incas, que tienen como escenario el ambiente físico peruano, el de los Emperadores del Tahuantinsuyo; y en el que refleja, fundamentalmente, “su profundo amor a la sangre materna, su apología de las virtudes de los Incas y su cordial afinidad con los dolores de la raza vencida” (ID., p. XXXV). La segunda parte presenta los problemas y las consecuencias que trajeron al Perú la implantación de la conquista y colonización española; es decir, la introducción de la cultura occidental. En esta segunda parte es poca la exhaltación indígena, porque la visión que predomina es la del imperio dominado.

Sin embargo, Garcilaso no rechaza la conquista y colonización –a pesar de que su madre era una Palla imperial– sino que la justifica. Y esta justificación viene dada por el hecho de que él sabe que la España de su padre había cruzado el mar con el fin de conquistar almas para la fe de Cristo; porque la cristianización de las almas estuvo siempre presente, hasta convertirse en su eje esencial.

En este contexto, él se da cuenta de que, en muy poco tiempo, los españoles habían logrado crear una comunidad cultural inigualable, de la cual él es parte integrante, él es un testimonio vivo de ese proceso de encuentro y de enfrentamiento, de modificación mutua. De hecho, el español unió la dimensión religiosa y la política, tanto que Arturo Uslar Pietri afirma que “el encomendero y el indio iban a la misma misa, adoraban a la misma virgen, se hablaban en la misma lengua y vivían bajo las mismas instituciones” (*El Nacional*. “Papel literario”, Caracas, 25-11-1990). De modo que se ha llegado a afirmar que, por un lado, los incas fueron venci-

dos política y culturalmente, por España, pero, por otro lado, también resultaron vencedores con el favor del cielo, vencedores del demonio, del pecado y del infierno, recibiendo un Dios, una Fe y un Bautismo.

Pero en esta obra hay otro tema que, el “español” Garcilaso conoce a profundidad. Este tema se muestra a través de la revelación del conocimiento y la comprensión exacta de su historia y de la historia de su padre. En este sentido, él hace objeción a los cronistas oficiales españoles, especialmente a Francisco López de Gómara y su *Historia General de las Indias*, por haber escrito desde lejos, con un criterio sensorial, intuitivo. Por ello, él se presenta, primero, como testigo excepcional de la evolución histórica y, segundo, porque la mitad de sí mismo pertenece a ese mundo. De hecho, afirma que “Yo quise añadir esto poco que faltó de la relación de aquel antiguo historiador, que, como escribió lejos de donde acaecieron estas cosas y la relación se la daban yentes y vinientes, le dijeron cosas de las que pasaron, pero imperfectas” (De La Vega, Garcilaso, 1985, p. 13).

Por esta doble cualidad que le asiste, él emprende la tarea de escribir la verdadera historia, tal como “yo las oí en mi tierra a mi padre y a sus contemporáneos, que en aquellos tiempos la mayor y más ordinaria conversación que tenían era repetir las cosas más hazañosas y notables que en conquistas habían acaecido...y yo, como digo, las oí a mis mayores...” (Ibid.).

Pero, también el “inca” Garcilaso escribe la historia del Tahuantinsuyo, la historia de su linaje materno, las hazañas del imperio inca; y lo narra como testigo presencial y como parte integrante de ese mundo, distinto de España, cuando dice: “alcancé y vi por mis ojos mucha parte de aquella idolatría, sus fiestas y supersticiones, que aún en mis tiempos, hasta los doce o trece años de edad, no se habían acabado del todo” (ID., p. 45) De la misma manera, el inca pretende escribir la verdadera historia tal como la vio; lo que le lleva a afirmar: “yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra y, como lo he dicho, me crié en ella hasta los veinte años, y así vi muchas cosas de las que ha-

cían los indios en aquella su gentilidad, las cuales contaré diciendo que las vi” (Ibid.)

De manera que el mestizo Garcilaso “indio nacido entre los indios y criado entre armas y caballos” (Id., p. 46), entiende su posición entre dos mundos. Y, a través de su obra, que por un lado reconstruye la historia incaica y, por el otro, presenta la nueva cultura que los españoles como su padre habían implantado en el Perú, pretende lograr la integración, la fusión del nuevo Perú. En este sentido, María Ramírez afirma que esta obra

es un interrogante al problema de la identidad y una respuesta al determinado momento histórico en que le tocó vivir. Este instante en que se actualiza la memoria, recoge la desintegración de dos mundos, su confusión y su encuentro; muestra la contradicción ontológica fundamental que él fue sintiendo en su trayectoria vital. El hombre y su tiempo quedan así integrados en la totalidad dialéctica del texto del Inca (Ramírez, 1993, p. 16).

En líneas generales, se puede decir que, el inca Garcilaso se propuso como meta el mostrar el proceso de integración y de fusión de las dos culturas, es decir de lo incaico y lo español, porque ésa era su condición vital; su condición mestiza le lleva a entender que era imposible revivir al Tahuantinsuyo, porque una nueva semilla había sido plantada y había comenzado a fructificar: la fruta nueva del Perú. Y, a su vez, se da cuenta de que también es imposible –a pesar de los esfuerzos de las autoridades españolas– el crear una nueva Castilla o una nueva España como en México, porque “había surgido algo distinto que, simbólicamente, no tenía un nombre castellano ni quechua, sino se llamaba con un vocablo espontáneo y criollo: el Perú” (Id., p. XLI).

Ciertamente que aún en nuestros días sigue vigente en Hispanoamérica el problema de la identidad; sin embargo, aunque no le restamos importancia al tema, creemos que es el Inca Garcilaso de la Vega y más precisamente con su aporte histórico literario expresado en *Los Comentarios Reales*, el que resuelve el problema, ya que él se erige como el primer mestizo americano. Es la primera

conciencia que, de manera consciente y reflexiva, encarna y da su testimonio escrito de este mestizaje hispanoamericano. Este mestizaje racial y cultural que se lleva a cabo en la persona del Inca, puesto que es producto de la mezcla que caracteriza a la cultura inca y a la española del siglo XVI. Sin embargo, se desenvuelve en un nivel más amplio, ya que abarcó a toda la América hispana; y, en consecuencia, se puede decir que esta mezcla fue la plataforma que configuró el nacimiento del ser peruano, del ser hispanoamericano, de ese nuevo hombre que puebla hoy todos los espacios de Hispanoamérica.

Los *Comentarios Reales*, expresión de una escritura, representa el encuentro de una mezcla sanguínea y cultural, de la que venimos hablando, y de la apreciación que la vivencia de este mestizaje imprimió en el Inca, en el momento en el que los escribió. Al respecto, Arriarán y Beuchot afirman: “es el mestizo el más indicado para hacer en sí mismo la mejor interpretación de las dos culturas que en él se funden, aunque haya en él una parte de desconcierto y de perplejidad, de incomprensión y de extrañamiento” (Arriarán y Beuchot, Ob. cit, p. 37).

Para concluir, se puede decir que el hogar del Inca constituye el mejor ejemplo de lo que ha sido el mestizaje. El personifica y encierra la confluencia del viejo y del nuevo mundo en un solo mundo, mundo dilatado ante el asombro y la duda. El fue el primero que aceptó el reto que le impuso la historia; y, a través de la escritura de su libro los *Comentarios Reales*, refleja la conciencia de ese reto, de esa nueva identidad que comienza a ver luz en su ser. El quiere ser fiel a la tradición de su padre y a la de su madre; pero también se da cuenta de que su identidad residía, precisamente, en la convergencia de ambas identidades y de ambas lealtades, en esa nueva posibilidad de ser en la que lo puso la historia.

José Joaquín Granados y Gálvez

Por otro lado, José Joaquín Granados y Gálvez y su obra *Tar-des Americanas*, escrita en la segunda mitad del siglo XVIII, es el segundo autor que estudiamos. Con relación a este autor, los escritos de Vicente de P. Andrade y José Mariano Beristáin de Souza,

constituyen la información más conocida de este autor. Para ellos, José Joaquín Granados y Gálvez nació en Sedella, de la Málaga andaluza, España, el 29 de junio de 1734. Del ambiente de Málaga, donde pasó sus primeros años de vida, hay muy pocos datos. Sólo sabemos que en 1751, a los 17 años, se traslada de la Nueva España y, debido a sus estudios religiosos, toma el hábito en la Orden Franciscana, en la provincia michoacana de San Pedro y San Pablo. José Mariano Beristáin de Souza (Cfr. *Tardes Americanas*, 1987) afirma que Granados y Gálvez vino a México siendo corista de la Orden de San Francisco, para luego ingresar a la provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán. Por su parte, Vicente de P. Andrade escribe:

Nada sé acerca de la juventud de este señor (Granados); sólo que en su patria tomó el hábito franciscano; hecha la profesión religiosa, vino a México en 1751 y se incorporó a la provincia michoacana de San Pedro y San Pablo... En Abril de 1757 hizo en el Convento de Querétaro, del cual era moderador, oposición a las cátedras; todavía no era sacerdote, y fue enviado al convento de Guayangareo o Valladolid, hoy Morelia, para que enseñara en él a los coristas. Probablemente en esta ciudad le conferiría los órdenes sacros el Ilmo. Sr. Obispo Sánchez de Tagle, puesto que en el Capítulo intermedio celebrado el 27 de agosto de 1758 fue nombrado Predicador del convento de Querétaro... pasos éstos, todos, previos a sus funciones de predicador en el convento de Querétaro y guardián de Jiquilpan, iniciados en 1758 y 1766 (Andrade, 1987).

Tratando de reafirmar la presencia histórica de J. J. Granados y Gálvez, otro investigador, Francisco de Almada, anotó por su lado que el autor de *Tardes Americanas* nació en la villa de Sedella, Provincia de Málaga, el 29 de Junio de 1743; ingresó a la Orden de San Francisco de Asís en el Colegio de Santa Cruz de Querétaro y se graduó de Doctor en Teología (Cf. Labastida, Horacio, 1987). Por su parte, Leopoldo Campos destaca la importancia que tuvo en la Nueva España el Colegio Apostólico de Santa Cruz, porque en él florecieron misioneros de gran significación. Precisamente en este colegio estudió Granados y Gálvez, hizo oposiciones a cáte-

dras y aparentemente se graduó en Teología. En fecha posterior, se le confiere el cargo de Guardián del Convento de San Buenaventura de Valladolid, en el que pronunció en junio de 1768 un importante discurso sobre el amparo de San José contra los rayos. Después fue nombrado Guardián en el Convento de Río Verde, San Luis Potosí, y Custodio de “todas las Doctrinas” en la Huasteca.

Entre los años 1771 y 1788, el fraile Granados y Gálvez estuvo en Valladolid, Amoles, Neutla y Santa Cruz, donde fue nombrado Guardián: de igual manera fue nombrado Guardián, Sinodal y Teólogo de Cámara de la Mitra de Michoacán. Por esta época, 1785, se menciona en primer lugar la impresión de un elogio poético que Granados y Gálvez dedica a su primo Bernardo de Gálvez titulado *Andaluz Perseo* y, en segundo lugar, las afirmaciones de Lucio Marmolejo referidas a la preocupación del fraile Granados en pro de la fundación de la sede franciscana de Guanajuato.

En 1786 fue asistente real en las oposiciones a la Canonjía Magistral de Valladolid; y el 16 de Octubre de 1787 es elevado al Obispado de Sonora, siendo consagrado el 10 de mayo de 1788 y sucediendo al Obispo Antonio de los Reyes, natural de Alicante y fallecido en Alamos, en 1786. En 1787, a la edad de 53 años, y siendo Obispo de Sonora, nuestro autor se traslada a Asunción, Cananea, donde desempeñó sus actividades eclesiásticas con gran celo y amor. A este respecto Beristáin y Sousa, citando una carta pastoral el 6 de septiembre de 1790 impresa en México, dice que Granados y Gálvez fue un prelado respetable por sus trabajos y celo apostólico, y es singularmente benemérito de la América Septentrional por el empeño que tomó en engrandecer a sus naturales y por el honor y generosidad con que lo hizo. Seis años después es trasladado a la diócesis de Durango, según Real Cédula del 2 de septiembre de 1793; pero las Bulas respectivas se recibieron el 19 de agosto de 1794, fecha en la que murió el prelado en la Hacienda de Dolores, a los 60 años, camino a la Diócesis de Durango.

En *La Gazeta de México* y en las *Noticias históricas y estadísticas de Durango* se dice, en términos generales, que Granados y Gálvez fue natural de Cedilla y religioso morador del convento

de San Francisco de Querétaro. Que fue obispo de Sonora y que falleció el 20 de agosto de 1794. Además se afirma que: “El Sr. Granados es autor de la obra intitulada “*Tardes Americanas*”... en que, si bien es estimable el trabajo literario, por las noticias que contiene salvas algunas inexactitudes, es todavía más digno de estimación y elogio por el intento que se propuso” (Cf. Labastida, 1987, p. XXXII).

De modo que, unos siglos después de que el inca Gracilaso hubiese publicado sus *Comentarios Reales*, en la Nueva España, un fraile español, inversamente, expresa la identidad hispanoamericana con el mismo instrumento que el inca: a través de la expresión de una escritura. Y, aunque era español de nacimiento, sin embargo Granados y Gálvez asume intelectualmente, a través de la escritura y en la forma de diálogo, la confrontación o el encuentro histórico de dos pueblos. El llega a comprenderse a sí mismo, al ubicarse entre los dos mundos; de allí que trate de reconciliar sus propias contradicciones y realizar su propia síntesis con el nuevo mundo, con la nueva cultura a la cual él ya está perteneciendo.

En términos generales, formalmente, la obra está estructurada sobre 17 *Tardes* o capítulos, cuyo contenido está organizado de la siguiente manera: las primeras ocho *tardes* describen la vida cotidiana de la Nueva España, en todos sus aspectos. Las ocho *tardes* siguientes analizan la situación socio-cultural del Virreinato, incluido el proceso de la conquista. Y en la última *tarde*, se realiza un diagnóstico de la duración y felicidad americana.

A nivel del contenido, dos son los ejes centrales de las *Tardes Americanas* que muestran claramente la tesis de las dos identidades y de las dos lealtades. En el primer eje, ambos dialogantes, el español y el indígena, defienden con vehemencia a la Nueva España y al mundo colonial. El indio, con gran habilidad, hace una apología de la cultura prehispánica, al mostrar sus formas civilizadas de gobierno en la administración y en la práctica del mando; y de las sucesiones de la autoridad entre las diferentes culturas indígenas que poblaron la región antes de la llegada del conquistador. Además, el indio expone sus tesis filosóficas y sus costumbres an-

cestrales: entierros, casamientos, coronaciones, calendarios, teogonías, ciencias. El sistema político colonial es defendido con energía por sus cualidades de prudencia, justicia y fidelidad.

En el segundo eje, aunque se centra en la justificación dogmática de la conquista y colonización como acontecimientos salvadores del alma aborígen. Sin embargo, en términos generales, a pesar de esta visión benévola de la conquista y colonización, tanto el indígena como el español no se sienten españoles, pero tampoco se sienten indios ni sueñan con un imposible retorno a la presencia imperial española, ni al del imperio azteca; son y quieren ser mexicanos: nada más y nada menos; y así lo reconocen en la obra, proclamando la necesidad de reintensificar y difundir el mestizaje con el propósito de cristalizarlo en nación (Labastida, 1987).

En este sentido, creemos que en las *Tardes Americanas* se propone presentar el proceso de mestizaje de la cultura azteca con la cultura española y, caminando a la par de este mestizaje, el autor nos está mostrando el origen e historia del pueblo azteca. De hecho, esta obra novohispana se erige, en primer lugar, como un monumento al problema de la identidad, puesto que recoge la lenta desintegración de los dos mundos a los que pertenece. Desintegración racial, ya que había comenzado a perderse la unidad para dar paso a la multiplicidad, a la mezcla, a la hibridez, al mestizaje. Ya no hay un conflicto entre españoles e indígenas, sino que ha surgido un nuevo elemento racial: el mestizo, que va a representar al nuevo mundo, con todos sus conflictos y contradicciones. En este sentido se afirma que el autor Granados y Gálvez tuvo como intención principal, al escribir su obra, “el reivindicar a la oprimida y despreciada raza mexicana, que el autor exalta en todos sus ramos hasta sobrepasarla algunas veces en sus mismos conquistadores, a cuya raza pertenecía el escritor” (Cf. Labastida, 1987)

En segundo lugar, se considera a la obra como una respuesta al convulsionado momento histórico en el que vive el autor; ya que la dominación española había comenzado a desmoronarse; y él, situado entre los dos mundos, ensaya esa conciencia y esa nueva identidad que se le presenta ante sí, que le pide lealtad para la vieja

España hegemónica, y fidelidad para la Nueva España naciente y vibrante, que le ha dado todo. Ante esto, Granados y Gálvez asume el compromiso con ambas identidades y a través de su escritura nos muestra su fidelidad a ambas.

De manera que podemos concluir diciendo que, tanto en los *Comentarios Reales*, como en las *Tardes Americanas*, se hace ostensiva la visión de la herencia histórico-cultural de una sociedad: la peruana y la mexicana. En ambas parece existir un rasgo común: aquel que consiste en presentar un drama histórico: el drama del mestizaje civilizatorio y cultural.

Referencias

- ANDRADE, P. (1987). Noticias biográficas sobre los ilustrísimos Prelados de Sonora, de Sinaloa y de Durango, México, 1899, citado por LABASTIDA, Horacio, en "Prólogo" de *Tardes Americanas*, Porrúa, México.
- ARRIARAN, S, y BEUCHOT Mauricio (1999). Filosofía, neobarroco y multiculturalismo, Itaca, México.
- BERISTAIN DE SOUZA, J. (1987). Biblioteca Hispano-Americana Septentrional, A. Valdez, México, 1819, citado por LABASTIDA, Horacio, en "Prólogo" de *Tardes Americanas*, Porrúa, México.
- DE LA VEGA, Garcilaso (1985). *Comentarios Reales*, Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- GRANADOS y GALVEZ, José J. (1987). *Tardes Americanas* (ed. Facsimilar), Porrúa, México.
- LABASTIDA, Horacio (1987). Prólogo a *Tardes Americanas* de J.J. Granados y Gálvez (ed. Facsimilar) Porrúa, México.
- MIRÓ QUESADA, Aurelio (1985). Prólogo a *Los Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, Biblioteca Ayacucho, Caracas.
- RAMIREZ R., María (1993). *Un amor por el diálogo: el Inca Garcilaso de la Vega*, Monte Avila, Caracas.
- TODOROV, Tzvetan. (1997). *La Conquista de América. El problema del otro*, Siglo XXI, México.
- USLAR PIETRI, Arturo (1990). Papel Literario, *El Nacional*, Caracas, 25 de Noviembre.

PINTO YÉPEZ, Ermila M.

USLAR PIETRI, Arturo (1993). Prólogo a María Ramírez en *Un amor por el diálogo: el Inca Garcilaso de la Vega*. Monte Avila, Caracas.

USLAR PIETRI, Arturo (1996). *La invención de América Mestiza*, FCE, México.